

EN BREVE:

Presentación de la película

NOBODY

Emocionante serie
dividida en 12 jornadas



Exclusivas Levantische Film

Fontanella, 9 - Teléf. 3171 A

BARCELONA



La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 6

25 cts.



DE HOMBRE
A HOMBRE

por
Cayena

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO I

N.º VI

De hombre a hombre

por HARRY CAREY (CAYENA)

Superproducción Joya de la
UNIVERSAL FILM

CONCESIONARIOS:

LEVANTISCHE FILMS - Fontanella, 9
Barcelona

Quienquiera que hubiese visto al misérrimo humano que á través los campos y senderos ó escalando picos caminaba sin cesar, ensimismado, ajeno á cuanto ocurría fuera de su persona, muerto de fatiga y hambre, hubiérase imaginado que era un loco.... ó por lo menos un pobre vagabundo peligroso por su espantosa miseria.

Y no era así. El harapiento ser que recorría la llanura no era ni loco ni peligroso. Pero ¿quién podía afirmar que era únicamente un desgraciado, arrojado de la vida, tranquila de un hogar por la fatalidad del Destino?

En el lugar donde llegaba no era conocido. La gente le rehuiría, considerándole como saltador de caminos ó algo por el estilo.

¡Pobre hombre! Qué vida la suya desde un año á entonces. Tuvo que huir de su pueblo situado en el corazón de California, porque era... un «ex-presidiario».

En efecto, estuvo en la cárcel durante tres años. Se le acusó de haber falsificado, en un cheque de unas miles de pesetas, la firma de su abuelo, avaro y, como tal, de corazón duro como las monedas que amasaba. El cheque en cuestión fué á cobrarlo á un Banco de San Francisco y allí el cajero le hizo detener al comprobar la tentativa de estafa. Dicho documento le fué entregado por alguien cuyo nombre no debía salir nunca de su boca, ni se sabría nunca, por impedirlo un solemne juramento que él hizo al verdadero culpable y que éste hizo al inocente. El de éste último consistía en no descubrir al culpable, que se comprometía á no proclamar nunca la inocencia de aquél.

En estas circunstancias, tomado por el único estafador de su abuelo, que al enterarse de la hazaña de su nieto renegó de él, fué condenado y cumplió el castigo con la conciencia tranquila por haber podido, con su sacrificio, pagar en algo y en parte la gratitud que debía al que, en un momento de desesperación, tuvo una mala idea....

Cuando salió de presidio, volvió á su pueblo, mas la hostilidad de su abuelo se antepuso á la voluntad de su padre y no le fué permitido vivir allí. Su padre le vió alejarse, agobiado por punzante dolor.

Había transcurrido un año desde entonces, durante el cual recorrió poblados que le alejaban cada vez más de su familia. De Rancho en Rancho pasó su vida, mas no tuvo suerte en ninguno de ellos y al abandonar el último en que estuvo cayó enfermo de cierta gravedad. Las escasas economías que había realizado desaparecieron rápidamente para ir á parar al cajón de la botica. Le cuidó una anciana más pobre que una rata y unas semanas después, por milagro sin duda, saltaba del lecho para proseguir su lucha contra la inclemencia de la vida..

No tenía más ropa que la que llevaba puesta y esta sólo se componía de un pantalón, cuya ascendencia había debido ser muy numerosa, unas botas hambrientas como su dueño y una camisa, cuyos trozos que habían resistido al desgarró, cubrían burlescamente su carne dolorida!

No era pues de extrañar que con tal indumentaria ahuyentara á los chiquillos y pusiera en guardia á los hombres.

Rendido por el cansancio, fué á remojar un poco el cuerpo en el establecimiento de bebidas, salón de baile y de recreo á la vez, del lugar.

El patrón del bar le recibió groseramente y se hubiera negado á servirle la consumación que febrilmente le pedía, si no le hubiese pagado por adelantado, con la última moneda que

quedó olvidada en uno de sus bolsillos, el importe de la misma.

Iba á apurar su vaso de ron que le reconfortaría, cuando su vista se fijó en una carta colocada en un casillero detrás del mostrador, cuyo sobre llevaba su nombre.

—Esta carta es para mí, patrón—dijo al dueño—. Yo respondo por ese nombre.

—Tómela usted pues; estaba aquí desde hace algún tiempo....

El vagabundo escogió un rincón para leer el escrito, cuya procedencia estaba lejos de sospechar. La carta decía así:

„Le he escrito a todos los Ranchos de los lugares donde he supuesto que usted podría hallarse, á fin de alcanzarle en uno de ellos, para comunicarle que ha pasado á ser propietario del Rancho Dorn, por fallecimiento de su querido padre.“

„Aquí se le aprecia á usted mucho; ya sabe que sus vaqueros no han creído nunca que usted hiciera nada malo.... Fué usted á presidio porque así lo quiso alguien ó algo que no llegamos á descifrar. Deje ya de recorrer mundo á la aventura para olvidar su desgracia y venga al Rancho antes de que á su abuelo á el viejo Packard, le den tentaciones de quedarse con lo que pertenece á usted por expresa voluntad de su finado padre, (q. e. p. d.)“

„Le saluda y sabe le aprecia mucho su vaquero BILL ROYCE.“

El vagabundo quitóse el sombrero para rendir culto á la memoria de su pobre padre, y las lágrimas que no pudo contener se asomaron á sus párpados....

La amistad de Bill, su buen compañero, también le hizo llorar. ¡Le creían inocente en el Rancho!

Mientras recordaba los tiempos felices recorriendo en briosa cabalgadura las inmensas praderas de su abuelo y de su padre, cuando los intereses eran comunes, los cuales fueron luego divididos con la repartición legal de terrenos entre cada uno de ellos, por discrepancias surgidas en el sentido administrativo, en el salon de té, una linda mujer, indígena, abrazaba, presa de una crisis nerviosa, á un joven y apuesto colono que saboreaba las delicias de la colación junto con otro europeo, fumando majestuosamente sendos cigarros. El primero rechazaba las caricias de la importuna que había interrumpido la conversación con su amigo. La mujer le hizo este ruego:

—Piensa en nuestra hija; mira que yo ya no puedo más.... ella es mayorcita y es preciso....

El requerido, malhumorado, quiso arrojar de su lado á la dolorida, con esta respuesta:

—¡A mí que me cuentas de "nuestra" hija! Yo no tengo nada que ver contigo....

Estas palabras sublevaron á la madre, la cual le recriminaba en justicia su proceder villano! Después de haber hecho con ella lo que le viniera en gusto durante más de diez años, ahora se desprendía de ella del todo! ¿Era posible sobrellevar tanta crueldad?

El colono no la hizo caso en sus quejas y como para demostrar á los que presenciaban la escena que él no tenía ninguna responsabilidad contraída con aquella mujer, la cogió por los brazos y, de un empujón, mandó su

cuerpo escuálido á rodar por el suelo....

Ninguno de los presentes protestaba de la ignominiosa conducta del burlador. La ley de aquellos era egoísta: «Cada cual para sí y no meterse en nada que turbe la tranquilidad».

Súbitamente, un hombre intervino en la cuestión y llenó el ambiente con estas palabras:

—¡El que maltrata á una mujer es un cobarde!

Los clientes del establecimiento se levantaron para ver á los dos hombres provocados mutuamente, el uno por la mala acción del otro y éste por la ofensa de aquél.

El salvaje que había tratado brutalmente á la mujer que él, cuando el viento del capricho le inclinó hacia ella, la hizo madre, iba á repeler la intromisión del intruso en sus asuntos, armado, pero su perversidad fué adivinada á tiempo, y la nobleza del hombre que defendía á una desdichada mujer dió mayores fuerzas á éste para obligar al malvado a morder la tierra, de la que pisaba el mayor fruto: ¡una mujer.... una niña...!

Sin embargo, durante la lucha, el miserable, vencido y avergonzado disparó el arma que seguía empuñando ferozmente, y la bala hirió gravemente, por cruenta fatalidad, á la mujer burlada por él, que intercedía para evitar la lucha de los dos hombres.

Al ruido de los disparos que siguieron al mortal, los clientes del establecimiento se refugiaron en el interior de la casa. Aprovechando la confusión, el noble humano tomó en sus brazos á la desventurada que gemía, apretán-

dose con las manos la herida por donde manaba la savia de su vida, y la llevó á su cabaña, que ella pudo todavía indicarle. En su pobre vivienda una niña la esperaba. La pequeña lloró al ver el estado de su madre.



...dió mayores fuerzas á éste para obligar al malvado...

—No te mueras, mamá. ¿Quién me quedaría en el mundo? ¡No me dejes, mamá; no me dejes!....

Su voz plañidera partía el alma.

Sintiéndose morir, la madre miró al hombre que la había protegido á riesgo de perder la

vida por ella, leyó en sus ojos que era bueno y asíéndole las manos le suplicó:

—Sea usted quien sea, buen hombre, es usted mejor que los demás. Mi hija.... ve usted.... va á quedarse sola en el mundo.... Qué será de ella.... yo quisiera pedirle.... sí, rogarle á usted Dígame.... Prométame usted que la protegerá.... ¿no es verdad que sí?.... No la dirá usted nunca quién fué su padre.... ¡que no conozca jamás á ese mi...se...ra...ble....!

Una última convulsión demacró su rostro: había entregado su alma a Dios.

Kehala, la huerfanita inocente, quería también morir.

El hombre que habia escuchado la última voluntad de la madre, velaría porque su hija no fuese tan infeliz como ella.

Después de haber dado sepultura al cuerpo de la mujer, partió con la niña á la aventura, pidiendo a la buena estrella se apiadara de su situación.

¿El que tan noble acción hacía era un ser malo? Podía considerarse como peligroso? ¿Le correspondía el odioso nombre de «expresidiario»? ¡No! ¿Verdad? Ese hombre era todo corazón; su bondad lo elevaba á la mayor altura posible entre los humanos.

Ese hombre de nobleza incomparable era....
CAYENA!

*
**

La suerte no le fué esquiva á Cayena desde que se impuso la misión de cuidar de la huerfanita. Pudo obtener un empleo en un

buen Rancho, donde le trataron con esplendidez.

Unos meses más tarde, habiendo reunido algunas pesetas, tomó la resolución de volver á su pueblo para posesionarse de su patrimonio.

Como primera providencia dejó á la pequeña Kehala en un pensionado de San Francisco para que recibiera una buena educación, prometiendo á aquella iría á verla siempre que le fuera posible hacerlo, y la sacaría de allí, para llevarla á su casa, cuando hubiese terminado su instrucción primaria.

La niña le vió partir:

—¡Adiós, papa—le dijo—vuelve pronto; no me olvides!

Cayena reanudó su marcha hacia la tierra que le vió nacer, con la esperanza de volver á ser feliz con la confianza que le dispensarían todos los vaqueros de su padre, y el recuerdo de aquella niña inocente que, toda ternura, le llamaba padre.

Trás larga ruta, Cayena contempló al fin el solar de sus mayores. ¡Oh las inmensas praderas aquellas, en las que transcurrieron sus años de juventud! El panorama que nuevamente se ofrecía á su vista le parecía aumentado en belleza, en color y dulzura.

El amor del emigrante salía de su pecho y murmuraba entre dientes:

—Volver á contemplar el trozo de mundo que nuestros pies pisaron por vez primera al llegar á la vida, es la única razón de vivir que nos ampara....

Palpitándole todo su ser iba penetrando en

el bosque que conducía á su Rancho.

De improviso, algo vino á turbar la dulce melancolía que se habia apoderado de él: a pocos pasos de donde se hallaba habia una mujer que miraba al rio, cuyas aguas serenas y límpidas, se deslizaban con cierto rumor de enamorados...

La reflexión á la que parecia estar entregada la mujer, despertó en Cayena el presentimiento de que algo grave iba á suceder en su presencia.

En efecto, en un santiamén, la aludida se arrojó de cabeza al puro líquido. La operación habia sido rapidísima; Cayena no pudo ni siquiera apercibir el gesto desesperado de la suicida.

Sacrificándose otra vez por el prójimo, el ex-presidiario cabuceó en el agua con sangre fría admirable, asíó fuertemente el cuerpo de la mujer y lo depositó en la margen del rio, en cuyas aguas hubiese perecido.

La aburrida de la vida no disimuló á Cayena el agravio que acababa de hacerla con su osadía.... maliciosa.

Cayena estaba atónito. ¿Qué queria decir aquella mujer, que le echaba en cara que habia querido aprovecharse de la soledad del lugar para estrechar, en forma aparentemente caballeresca, su cuerpo entre sus brazos? ¿No se habia visto obligado á herir, quizá, con sus manos rugosas la seda sonrosada de aquel busto de Venus?

La siguiente contestación de la que intentaba poner fin á su vida, dejó perplejo al cho-reante Cayena.

—Está visto que en ninguna parte se halla una segura.... Es imposible á una mujer no tropezar con algún entrometido.... ¡Pero no se ha fijado usted, señor... que estaba tomando un baño!

A lo que el interpelado, confuso contestó:

—Mejor que mejor señorita. Es preferible haya incurrido en un error: ese cuerpecito no lo merecen los peces, aunque fueran de colores...

—Hombre—se decia Cayena—esta réplica me ha salido que ni aprendida de memoria!—Ello bastó para que recobrará su buen humor.

La gentil bañista, conservando sus dudas respecto á la equivocación de Cayena le contestó, severa:

—Puede usted estar seguro de que si hubiera pretendido quitarme la vida, no me habria puesto traje de baño.

—Oiga, oiga, haga el favor de escucharme, señorita... yo no me fijé en ese detalle; si lo hiciera, á buen seguro que no confundo su *maillet*, que ciñe dulcemente sus líneas armoniosas, con un *sudario*.

La bañista no quiso escuchar más... no debia seguir conversando con aquel hombre. Al fin reconocia que no era lo que al principio se habia figurado... pero ¿quién podia ser? Opinó que lo mejor fuera plantarle y, en efecto, la pseudo suicida corrió hacia su auto que Cayena tampoco habia visto detrás de unos árboles.

—¡Señorita... señorita, se olvida usted de la capal...—le decia Cayena yendo tras ella.

—Tome usted, señorita; el Sol, que se precia

de galante, no la dejaría vivir en paz por corto que sea el camino que deba usted recorrer...

La bañista, forzosamente interesada por la insistente amabilidad de Cayena, le preguntó, con asomos de interés entre su altivez y su firmeza:

—¿Quién es usted... señor Malicioso?

—Soy Cayena Packard—dijo—nieto del propietario Derry Packard.... Aquí me llamaban antes... el presidiario...

Al oír el nombre de Cayena, la joven le miró escudriñadora. Alguien la había hablado del falso acusado. ¡Conque era ese, Cayena!

Este último también preguntó:

—Y usted, señorita, permítame... ¿quién es usted?

Esperaba la contestación apoyándose en la portecilla del auto. La bañista, desconocida, desembragó el motor, el coche partió y Cayena se vió sentado en el suelo... algo espinoso.

—¡Qué bromista es la Sirena—pensó.

*
**

Entretanto, en el Rancho Dorn ocurrían ciertas cosas muy desagradables.

En el tiempo transcurrido desde la muerte de John Packard, padre de Cayena, el abuelo de éste, el viejo Derry como le llamaban en el lugar, había extendido sus manos avarientas sobre las propiedades que ahora pertenecían á Cayena.

En aquel instante todos los vaqueros se hallaban comiendo en la casa del Rancho. Dick,

el mayoral nombrado por el abuelo, de carácter agrio y corazón de roca, presidía la mesa. Sus subordinados no le podían ver, pues su comportamiento con ellos dejaba mucho que desear. El que se destacaba por su aversión hacia Dick era Slim, fiel amigo de Cayena.

El aire de gran señor que adoptaba Dick en el Rancho Dorn era naturalmente mal visto por todos los que en él trabajaban, cuyos pensamientos íntimos se traducían por ciertas preguntas ambiguas como estas. «¿Qué pretenderá el mayoral con su orgullo que le rinde inaccesible á cuantos le rodean?—Por qué brutaliza á la gente por la más ínfima tontería?. ¿Qué beneficios tiene en el Rancho para despedir vaqueros y obligar á los que se quedan á hacer su labor y la de los que partían?». Algunos se contestaban ellos mismos: «Quizá... quizá Dick hace su parte y abusa de la confianza del viejo Derry».

A un lado del comedor, cerca de la ventana que daba al campo, estaba Bill Royce, el que escribió á Cayena para que fuera al Rancho enseguida, fiel ex-mayoral que se había quedado ciego á consecuencia de una agresión cobarde. Las pesquisas que se hicieron para descubrir al criminal no dieron resultado satisfactorio. Su ceguera, no obstante, le hacia ver muchas cosas que, unidas entre si, confirmaban una duda.

Dick, el nuevo mayoral, llamó al ciego:

—Royce....

—¿Qué quiere usted Dick?—contestó el ciego sin moverse de su sitio pues todavía estaba comiendo.

—Su obligación es atenderme cuando le llamo! Levántese usted!

El ciego enrojeció de ira mas calló; bien sabía que cualquier discusión con el déspota mayoral era temible. Iba á obedecer acudiendo á servirle pero una voz le detuvo:

—¡Envíele al infierno, Royce! ¡Hay horas para todo! ¡Ahora se come con tranquilidad... y basta!

Los vaqueros se miraron sorprendidos por tan inesperada intervención en favor de Royce.

Dick vió quien había sido el osado que se inmiscuía en su autoridad. Colérico le dijo:

—¿Que rebeldías son esas Smil?

En efecto, era Smil quien había defendido al ciego por la compasión que le tenía por su desgracia, aumentada por la tirantez con que Dick le trataba.

Royce, por su parte animado por la ayuda honrada de Smil se levantó, llegó á tientas hasta Dick y consoló á su amor propio dirigiendo estas palabras al mayoral:

—Hasta ahora he tolerado sus impertinencias por respeto al verdadero dueño que está ausente, pero hay un límite que jamás permitiré traspasar.... Guarde su despotismo....

—Calla, viejo inútil.... — le interrumpió Dick — Aquí no hay más amo que el viejo Derry y yo, que le represento, mando á mi gusto. Si no te conviene ahueca el ala.—Y le rechazó de su presencia de un puñetazo en el pecho.

Los vaqueros se pusieron de pié para impedir que el mayoral siguiera maltratando al desdichado Royce.

Smil que había previsto una contestación

del ciego y un nuevo arrebato de cólera de Dick, se interpuso entre ambos.

Los vaqueros se llevaron á Royce que á pesar de no ver se sentía suficientemente iluminado para castigar la crueldad de aquel hombre.

Dick se encaró furioso con Smil. Le provocó de esta forma:

—Me voy á dar el gusto de echarle á usted á patadas del Rancho.

Smil, fiándose en la fuerza de sus puños, propuso:

—¿Un dólar á que el que sale á puntapiés es usted?

La frialdad é ironía de Smil encendieron á Dick; los dos hombres acardenalaron sus cuerpos en lucha feroz.

Los vaqueros presenciaban la escena desde la puerta de la casa. Royce bendecía al bueno de Smil que castigaba á un mal hombre.

En lo mayor de la lucha, apareció alguien por la ventana y separó á los que reñían. El mayoral y el recién llegado se miraron de hito en hito: el segundo le sacó de duñas:

—Soy Cayena Packard; no me conoces granuja! Tú eres un intruso en mi Rancho. ¡Fuera de aquí!

Dick que no reconocía otro amo que el viejo Derry, no pudo menos que obedecer al que sabía mantendría sus derechos legítimos con fiereza de león. Y se fué.... sin duda á poner al corriente de la situación al abuelo.

En el semblante de los vaqueros se dibujó la alegría. Cayena era el amo verdadero, el que necesitaban para seguir viviendo en el

Rancho con fraternal armonía. Smil le abrazaba lleno de gozo.

—Y Royce ¿dónde está mi fiel Royce? preguntó Cayena.

Los rostros alegres se pusieron tristes.

El querido contestó buscándole febrilmente á tientas:

—¿No se lo han dicho a usted Cayena? ¡Me he quedado ciego hace poco!

Cayena no podía creer la terrible verdad. ¿Ciego?

—Daría... no se lo que daría para poderle ver de nuevo—prosiguió Royce.

—Qué desgracia tan grande, mi buen Royce—exclamó Cayena. ¿Cómo ocurrió?

—No estoy seguro..... pero creo que el culpable de mi ceguera es..... Dick.

Cayena se mordió los labios para no blasfemar de cólera contra aquel miserable, que sabía capaz de todo, pues tuvo ocasión de conocerlo en otros tiempos en sus correrías por los Ranchos vecinos, y también para no llorar.

Smil sí que lloraba. La escena que se desarrollaba allí era por demás conmovedora.

Cuando Cayena y Royce quedaron solos, éste entregó á aquél un encargo de su padre, consistente en diez billetes de mil dólares junto con una carta.

—Están todos los billetes ¿verdad?—inquirió Royce.

—¡Cabales! Es usted un hombre honrado, Bill. Sabré recompensarlo.

—No, Cayena, recompensar es pagar: yo no admitiré nunca el pago de un favor. ¿Está la carta en el sobre ¿verdad?

Cayena que la había leído ya estaba emocionado. Algo grave estaba escrito en el papel. Para saber si Royce conocía su contenido, le preguntó:

—Sí, la carta también está. De todos modos usted sabía lo que dice ¿verdad?

—Sí, Cayena; su padre me la leyó antes de encerrarla en el sobre. Dice así:

*“Mi querido hijo: Nuestro fiel mayoral Bill Royce te entregará con la presente diez mil dólares en billetes. Mis últimos pensamientos son para ti. Sé feliz, hijo mío. Tu amante padre
John Packard.”*

—Es eso ¿verdad?

Cayena desvaneció su temor:

—Sí, Bill, la sabía usted de memoria.

Suponiendo que nadie los estaba observando, Cayena escondió el dinero con la carta y agradeció una vez más al pobre ciego su honradez.

Mas, Dick, oculto detrás de la ventana había presenciado todo.

Una mueca contrajo su rostro: ¡Ya verían cómo se vengaba!

Al día siguiente después de un almuerzo tranquilo en la paz del hogar, Cayena salió al campo á tomar el fresco con su fiel Royce.

De pronto, la bocina de un auto anunció al ciego que el viejo Derry llegaba al Rancho. Así lo manifestó á Cayena que se dispuso á recibir á su abuelo en la debida forma.

En efecto, era el viejo quien llegaba. Pronto estuvo frente a su nieto. Le saludó hurraño:

—A raíz de salir de presidio te recomendé que no volvieras á poner los pies en la comarca, pero por lo visto has olvidado que significas el deshonor para nuestro nombre.

A lo cual, sereno, repuso Cayena:

—No hay falta en el mundo que no pueda repararse. He malgastado más de un año en inútiles correrías y ahora estoy dispuesto á dedicar todas mis energías por la prosperidad de mi Rancho.

—¡Alto ahí!—gruñó el viejo—El Rancho no es tan fuyo como crees. Está hipotecado en garantía de 15000 dólares que le presté á tu padre poco antes de morir. Se me deben ya seis meses y si no me los pagas te obligaré á vender la finca.

—Calma, abuelo, calma. Le pagaré á usted, no lo dude. Este Rancho dentro de poco ha de ser el mejor de este lugar.

Echando fuego por los ojos el viejo Derry se separó de su nieto, maldiciendo la mala idea que este había tenido volviendo al pueblo.

El pobre ciego, que escuchó con dolor la conversación hostil de aquellos dos seres de misma sangre, sonrió satisfecho de la energía de Cayena, considerándole el hombre indispensable para arrancar de las inmensas propiedades que le pertenecían el mayor fruto posible.

Por la noche, Dick, cuyos deseos de venganza se habían afirmado, penetró subrepticamente en la casa del Rancho, fué maquinalmente al sitio donde la víspera Cayena escondiera el dinero, y la carta de su padre, y

se apoderó de todo ello. Pero al disponerse á huir de allí una boca de revólver le gritaba el alto. ¡Smil le había descubierto!

El malvado Dick no se intimidó y sus palabras dieron á comprender á Smil que si le trataba á las malas, como merecía, podría con su lengua de víbora pregonar por doquier que Cayena tenía 10000 dólares, cuya procedencia sería considerada dudosa.

Los dos terribles enemigos hablaron.... Smil tenía el rostro compungido; Dick se mostraba ufano de su victoria....

Mientras tanto, en el próximo Rancho Cayena encontraba á la gentil bañista que se dirigía en su auto á sus propiedades cerca del Rancho Dorn.

Cayena saltó al coche y exclamó:

—Qué feliz casualidad, señorita.... Terry. No le extrañe á usted que sepa su nombre que no quiso usted decirme cuando la ví por primera vez.... ¿Quiere usted acompañarme en su auto á mi Rancho? Vine á éste para ciertos asuntos...

—¿Le parece á usted muy galante—replicó Terry—presentarse en mi auto como acaba usted de hacerlo?....

—No se enfade usted... que se pone fea... Me he permitido abusar del derecho de vecindad...

—Me parece que quiere usted ser gracioso.... ¡pero por Dios que pesado es usted!

—Es una lástima que no le sea á usted simpático, señorita Terry. Usted supone que soy malo, ¿no es eso? ¿Qué hacer para lograr su amistad?

Terry no le contestaba y su enfado lo pagaba el volante que recibía los golpes bruscos

de sus nervios excitados por la impertinencia de Cayena, el cual, llegado que fué al destino, la dijo:



...No se enfade usted... que se pone fea...

—Muchas gracias, señorita, de haber aceptado mi compañía hasta aquí.... No sabré cómo pagarle....

—Nadie le autorizó para que asaltara mi

auto,—contestó Terry irritada—es usted un fresco....

El auto emprendió veloz carrera. Cayena pensaba íntimamente que aquella señorita temía su presencia por el mote que le quedaría eternamente: *ex-presidario*. Frente á esta opinión se alzó otra que le aconsejaba seguir siendo bueno para que su bondad le colocara por encima de todos los prejuicios fundados en su pasado.

Cayena iba á entrar en la casa del Rancho cuando la escena que tenía lugar en el interior le detuvo al pie de la ventana. Smil estaba en ese instante proponiendo á Dick si mediante 1.000 dólares no se ocuparía más de los asuntos de Cayena. El buen muchacho suponía que dándole dinero Dick no revelaría á nadie, principalmente al abuelo, el dinero que poseía Cayena. Este, comprendiendo la nueva infamia del ex-mayoral hizo irrupción en la mansión y obligó á Dick á devolverle lo que quería robarle.

—Venga el dinero, ladrón—le escupió—Con los diez billetes había una carta.... Venga la carta ¡perro!.... ¿Qué no la tienes, bandido?.... que no la tienes dices, canalla?.... No intentes agotarme la paciencia porque te podría ocurrir....

—¿Qué me puede ocurrir?—contestó con cinismo Dick—¡Nada! Ningún tribunal me meterá preso por el testimonio de un ex-presidario y de un ciego!

El ciego, había acudido á los gritos de los hombres. ¡Ah, si pudiera ver al miserable! ¡Cómo le estrujaría el alma entre sus manos!

Cayena fuera de sí, sentenció:

—¡El tribunal soy yo en este caso y voy á hacer justicia con mis puños ¡DE HOMBRE A HOMBRE! ¡Es el medio más honrado!

Smil se alejó con el ciego de los dos combatientes. Presenció la mayor lucha de su vida y las sacudidas en sus nervios comunicaban á Royce la impresión de la ferocidad de dos cuerpos desenfundados.

Los hombres de Dick, alarmados por la tar-danza del cabecilla, fueron á buscarle. Cayena les entregó el cuerpo de Dick en disposición de ensayar en él los efectos del árnica por li-tros y un largo metraje de tafetán. Smil, oport-unamente los había desarmado, amenazándoles con su revólver, evitando así cualquier agresión. Cayena, por su parte, también necesi-taba un poco de masaje y agua de timol: su rostro goteaba sangre; el miserable le había levantado la carne con sus uñas venenosas.

El ciego abrazó á Cayena, sufriendo porque no le dejaban vivir tranquilo.

—¿Le ha lastimado á usted ese cobarde?— le preguntó.

Ni una queja salió de los labios de Cayena para no aumentar la pena de Royce. Le respon-dió evitando le rozara el rostro con sus manos:

—Ni me ha tocado siquiera....

*
**

Unos días después, Cayena tuvo que ir á la ciudad. Se presentó en el Rancho de su gentil

vecinita. Así que ésta le vió se adelantó á de-cirle:

—Quizá no estoy segura ni en mi propia ca-sa.... ¿Viene á salvarme de algún peligro?

—Nada de eso, señorita Terry. Voy á San Francisco y he pensado que podría hacerla al-gún encargo...—la contestó risueño Cayena.

—Es usted muy amable... pero siento decir-le que jamás confiaría nada á un Packard.

Esta contestación salida de labios femeni-nos puso triste á Cayena. Iba á contestar al-guna banalidad mas, Terry, advirtiéndole á tiem-po su ligereza cruel respecto de Cayena, rectifi-có así:

—De todos modos siempre será un consuelo para usted saber que no le desprecio ni le odio tanto como su abuelo y Dick....

Esta forma de presentar excusas á una per-sona no le fué del todo desagradable á Caye-na. La gentil vecinita le odiaba... pero no tan-to... bueno, bueno...

Algunas semanas después regresó Cayena con su protegida, la huerfanita Kehala. Era hombre de palabra: la niña viviría con él, consi-derada como hija. Los vaqueros vieron con agrado la nueva prueba de nobleza de su que-rido jefe.

Cierta mañana se presentó á Cayena un va-quero que se decía propietario, y le notificó que acababa de comprar el Rancho de su abue-lo Derry, del que le ofrecía gustoso los terre-nos en arriendo. Smil y el ciego, consultados sobre el caso, emitieron un voto favorable pa-ra que Cayena cerrara trato enseguida. El Rancho tenía magníficas praderas.

Unas horas después de realizada la operación, Terry fué á hablar de negocios á Cayena:

—Vengo á ver si llegamos á un acuerdo para que mi ganado pascie en sus propiedades—le dijo.

Humorístico, Cayena la repuso:

—Usted puede disponer hasta de mi camisa si la necesita.

La conversación tomó un giro que ni era postal ni bancario y Cayena estaba... ¡azorado! Smil y Royce, presentes, adivinaban cómo podría salir el hilo de la madeja....

Un incidente puso fin á la agradable entrevista; aquel fué motivado por la aparición de Kehala. Terry preguntó á Cayena:

—¿Es hija suya esta niña?

—No, señorita; prometí cuidar de ella.

—Preguntada por Terry la niña, inocente, dijo:

—Mi mamá ha muerto... Aquél es mi papá... Señalaba á Cayena.

Las siguientes palabras preñadas de acritud, de su vecinita, arrancaban á éste á los sueños de la fantasía.

—Me lo debía haber figurado... Lo menos que podía usted permitirse era la franqueza...

**

El viejo Derry y Dick conversaban en casa del primero.

El tema que los ocupaba era la conducta de

Cayena. Dick enteró al viejo de ciertas cosas que no le supieron á azúcar al avaro.

—¿Le ha dado usted permiso para meter el ganado en las praderas de su Rancho? le preguntó.

—Cómo? ¿Roba los pastos de mi hacienda? —rugió el abuelo.

—Aun hay más.... Once de sus mejores novillos han sido envenenados la semana pasada—agregó Dick.

La ira del viejo se desató. Imperioso dijo á su secuaz:

—Mañana al amanecer ordene á sus hombres que ahuyenten el ganado de mi nieto que esté en mis propiedades, hacia el despeñadero. ¡Ahora va á ver quién soy yo!

Cayena que regresaba de recorrer las praderas que había arrendado, tuvo conocimiento de que ocho novillos fueron hallados muertos. Le extrañó que el ganado de su abuelo paciese todavía en terreno que él había cedido en traspaso, y se propuso ir á hablarle. Lo que de momento interesaba era vigilar la mano criminal.

Al día siguiente, Cayena se dirigió al Rancho de su abuelo donde estaba paciando el ganado de Terry y encontró á ésta en camino. La puso al corriente de lo que había ocurrido la víspera y la mujer le acompañó para comprobar los hechos sobre el terreno. Cerca de las praderas en cuestión, Cayena y Terry asistieron á un horroroso espectáculo: Dick á la cabeza de sus hombres cumplía las órdenes del abuelo y el ganado se dirigía en loca carrera hacia el despeñadero.

El triste resultado de la criminal hazaña era inevitable. ¡Era posible que la fatalidad se cegara tanto en él!

Una idea iluminó á Cayena: sí, podría intentarse salvar su ganado y principalmente el de la señorita Terry que era más numeroso. Terry participó de su propósito agradeciendo la nobleza que Cayena demostraba en aquella terrible situación.

Ambos se dirigieron al despeñadero, incendiaron la vegetación que allí había levantando una muralla de fuego que haría retroceder al rebaño asustado por los incesantes disparos de Dick y su gente.

—No se asuste usted, señorita..... nos defenderemos hasta la muerte si la cortina de llamas no surte efecto.

Terry tomó el brazo vigoroso de Cayena y le dijo:

—Es usted un hombre bueno, Cayena; sé que no es usted casado y no creo lo que sus enemigos han venido á contarme. Le debo á usted una confesión: si algo desagradable nos ocurriera con esos canallas, sepa que..... correspondo á la simpatía que usted me ha demostrado..... que le quiero como me consta que usted me quiere.....

Tenia razón la voz que aconsejaba á Cayena: «La bondad te colocará por encima de todo».

Los dos enamorados se abrazaron con frenesí.

Las llamas lograron detener al amedrantado rebaño. El fracaso de Dick era completo.

Despejada la situación, Cayena fué al en-

cuentro de su abuelo, que también dirigía la banda de los criminales, y le increpó:

—He arrendado estos terrenos á un tal Andy Sprague. ¿Por qué se mezcla usted en este asunto?

El viejo Derry no supo qué responder. El no había vendido á nadie sus terrenos. Se trataba de una infamia tramada contra su nieto.

—¡Ya está descubierto el engaño!—gritó enfurecido—Sprague no tiene nada que ver con los terrenos. Es un canalla que ha servido los criminales propósitos de Dick. Ya estaba yo viendo, de un tiempo á esta parte, ciertos manejos sospechosos..... Ha llegado el momento de que los Packards luchemos contra el enemigo común.

—Cayena dió gracias á la Providencia reconociendo su equivocación cuando suponía que no la había para él.

Dick, descubierto, se refugió en un pico gigantesco:

—¡Venga una cuerda!—pidió Cayena.

Y con Terry, que no quería separarse de su lado, escalaron el escarpado monte.

La lucha DE HOMBRE A HOMBRE fué larga y angustiosa. Pronto se agotaron las municiones. Dick quiso esconderse... mas Cayena le había visto. Los dos hombres lucharon de nuevo cuerpo a cuerpo. Terry se sentía ahogada por su precipitada respiración..... ¡Si el traidor matase á su amado!

Un paso en falso de Dick lanzó su cuerpo al vacío..... La caída era mortal de necesidad.

El viejo Derry acudió á recibir sus últimos suspiros. No le dijo el horror que su infamia le

inspiraba por respeto á su agónico estado. Dick, en un momento de arrepentimiento, se-



...Y con Terry que no quería separarse de su lado escalaron...

ñaló un bolsillo de sus vestidos. ¡Había una carta; la que robó á Cayena, al que dijo la había quemado!

El abuelo leyó el escrito que le iba dirigido!

"Querido padre:

En los umbrales ya de la otra vida, debo confesar, á despecho de la promesa hecha á mi hijo Cayena, que fui yo quien falsificó su firma en el cheque que él, inocentemente, hizo efectivo. Y si asumió la responsabilidad fué por salvar á su padre de ir á presidio.

John Packard."



...Olvidemos... seamos ahora felices...

Cayena, que con Terry se había reunido con su abuelo ante el cuerpo inerte de Dick, balbuceó:

—¡¡¡Pobre padre mío!!!

El abuelo, confuso, abrazó á su nieto:

—Perdona, hijo mío; los hombres somos muchas veces injustos. Tú eres el más puro Packard de toda la familia. Has pasado por lo que nunca fuiste por respeto al nombre sagrado de tu padre; ya comprendo por qué usurpó mi firma..... Yo soy el único culpable..... Este carácter mío siempre fué la causa de disturbios en la familia..... Olvidemos..... seámos ahora felices.

Terry estaba embargada por la emoción.....

De regreso al Rancho, el abuelo con Royce, el ciego, contemplaron, éste en espíritu, que es un gran adivino, la felicidad merécida por el noble Cayena.

FIN

(Prohibida la reproducción del texto sin mencionar procedencia)

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(pago anticipado)

BARCELONA Y PROVINCIAS

Año	12 ptas.
Semestre	7 »

EXTRANJERO

Año	18 ptas.
Semestre	10 »

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Año	14 ptas.
Semestre	8 »

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal.

NUMEROS PUBLICADOS

Número	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean

Próximo número:



LA SUGESTIVA NOVELA - FILM

UNA MUJER

por la simpatiquísima PERLA BLANCA

POSTAL-FOTOGRAFIA:

EDDIE POLO

NO DEJEN DE ADQUIRIRLA

EXIJIENDO SIEMPRE LA POSTAL